

¿Estilo Tarradellas?

MIQUEL CAMINAL

EL PAIS - 29/11/2006

La personalidad y el estilo políticos de José Montilla están en las antípodas de las biografías políticas de Jordi Pujol y de Pasqual Maragall. Quizá el nuevo presidente de la Generalitat se acerca más a la manera de entender la política que tenía Josep Tarradellas. Éste conocía y dominaba a la perfección el sentido y la liturgia del poder. José Montilla parece que también tiene este dominio. Pero no son los líderes políticos propios de las llamadas democracias de audiencia, en las que la imagen es esencial. En cambio, Pujol y Maragall han tenido el don del carisma y la capacidad de seducir a amplios sectores de la sociedad catalana. Se podrá estar de acuerdo o no con sus ideas y con su forma de entender el gobierno, pero su fuerte personalidad política y su manera espontánea y directa de comunicación les daba un liderazgo moral de proyección nacional. Esto no es necesariamente positivo e, incluso, puede ocultar deficiencias reales de gobierno, pero se trata de destacar su personalidad política y el indudable impacto que ha tenido en la sociedad catalana en los últimos 30 años. Jordi Pujol y Pasqual Maragall son los políticos catalanes más importantes del último tercio del siglo XX y están entre los más destacados en la historia contemporánea de Cataluña. Josep Tarradellas también.

El punto de partida es agrí dulce porque su llegada a la presidencia es plenamente legítima, pero no será fácil borrar la imagen de que el anterior presidente de la Generalitat fue despachado. Las formas son importantes en la democracia. "Esto es política", dirán los que saben cómo va el negocio. Pero uno puede preguntarse: ¿cuáles habrían sido los resultados electorales si Pasqual Maragall se hubiera presentado a reelección?, ¿mejores, iguales o peores? No tengo ninguna duda al respecto, y ahora Artur Mas, probablemente, no pondría cara de haber perdido lo que cree haber ganado. Dicho una última vez y no más: la candidatura de Pasqual Maragall significaba el reconocimiento al presidente de Cataluña que ha conseguido llevar a puerto la reforma del Estatuto y, en concreto, no ceder a las presiones y maniobras de quienes le culpaban de todo,

incluso faltando al respeto a la institución de la presidencia de la Generalitat. En la renuncia de Pasqual Maragall hay un reconocimiento de soledad política ante una dimisión colectiva, la del PSC y de muchos más ciudadanos de Cataluña. Es como si los de allá, con la ayuda de algunos caballos de Troya, nos hubieran ganado la moral. Consiguieron incluso que unos cuantos catalanistas escribieran: "¿Qué habremos hecho mal?". Cuando lo cierto es que, por activa y por pasiva, nos han dicho y repetido desde La Moncloa y desde otros centros de poder que los asuntos de España y de Cataluña se deciden en Madrid. Esta cultura centralista hay que combatirla y cambiarla si se quiere conseguir realmente una transformación del Estado autonómico en sentido federal y plurinacional.

Es cierto también que se puede hacer una lectura positiva, incluso esperanzadora, de cómo se puede reconducir el Gobierno de coalición entre el PSC, ERC e ICV-EUiA. José Montilla adquirirá perfil propio y prestigio como presidente de la Generalitat en la medida en que consiga introducir una nueva manera de ejercer el gobierno en Cataluña, después de 23 años de presidencialismo pujolista. El reto que tiene ante sí es la confirmación de una nueva época en la política catalana, bajo la hegemonía de unas izquierdas plurales y, al mismo tiempo, leales y comprometidas con un proyecto común. Veo más capaz a José Montilla que a Pasqual Maragall para esta función, como líder de un Gobierno de coalición. La mayoría de los analistas coinciden en la capacidad de José Montilla para dirigir equipos, para nombrar a los colaboradores adecuados y para destituirlos sin contemplaciones si lo cree necesario. José Montilla tiene la experiencia requerida como gobernante, que Josep Tarradellas hubiera considerado oportuna para acceder a la presidencia de la Generalitat. Ha sido durante años alcalde de Cornellà y ha vivido de cerca los problemas y las necesidades de la ciudadanía, y también ha ejercido los cargos de presidente de la Diputación de Barcelona y de ministro de Industria del Gobierno de Zapatero. Como en el caso de Tarradellas, todo indica que sabe mandar y sabe delegar.

Tarradellas entendía la democracia como el gobierno del político, al que se le exige plena dedicación a la función pública, en representación de los intereses de los ciudadanos. Se hace país en la medida en que se tiene poder político y se

gobierna adecuadamente, responsablemente. El poder debe hacerse respetar y ser respetado, empezando por los medios de comunicación. Este sentido protocolario y litúrgico del cargo político, esta presencia ritual de lo público, es un sello de identidad del tarradellismo. Creo que a José Montilla le gusta el *estilo Tarradellas*.

El poder exige también discreción y saber administrar la información. Tarradellas era un maestro en esto. Los primeros movimientos en la formación del Gobierno ya muestran a José Montilla como un alumno aventajado, así como su autoridad para que se constituya un Gobierno de tres bajo su liderazgo personal, y no tres gobiernos en uno. Es muy conveniente que así sea. Pero esto no equivale a aprobar algunas filtraciones en los medios de comunicación (según parece, confirmadas) sobre los criterios organizativos del nuevo Gobierno, como el desplazamiento de Universidades a Industria, Comercio y Turismo. Hay que recordar, asimismo, que éste no es un Gobierno de dos más uno, aunque José Montilla trata a Joan Saura como si fuera el Duran Lleida de las izquierdas catalanas; es decir, como si ICV-EUiA formara parte de una federación con el PSC. A la coalición ICV-EUiA le interesa corregir esta confusión. No lo tiene difícil. Basta con saber que el Gobierno de Entesa Nacional i de Progrés tiene tres ruedas, que la tercera es tan importante como las otras dos y que sin ella el Gobierno se cae.